

El cuchillo

Antonio Villarroel



Capítulo 1

El cuchillo.

No sé si pueda decir que eran buenos amigos, o no, puesto que nunca tuve un interés real en los personajes que conforman el hecho que contaré, y es más, me refiero a lo mismo que sucede con tus vecinos, dentro de lo que cabe una amistad de convivencia, casi obligada. Cada cual vivía respectivamente encima del otro, en aquel lúgubre y tranquilo bloque.

Y era preciso decir que cada cual respectivamente vivía encima del otro, pues así un piso arriba del otro era como vivían. Y tengo el extraño placer mórbido, ya que como persona cerrada ante las personas debo sacar a luz el hecho de que a veces, si no todo el tiempo, siento repugnancia por los pesares ajenos, he de relatar la corta tragicomedia que pude apreciar impávido, una mano sobre la mejilla izquierda, reflejando el abatido aburrimiento que me sobrecogía y otra con la que luego abofetee incrédulo mi otra mejilla al ver cada acción que ocurría en el balcón del segundo piso del bloque del frente, como geniales premisas caídas literal y metafóricamente de arriba, y en lo que se convirtió el llevadero de sucesos absurdos, pero pues, no tan absurdos ya que tuvieron la naturaleza de ocurrir, y que es increíble como los sucesos imprevistos acaecen a cualquiera, pero los más insólitos solo a los más tontos.

En el primero en planta baja, un joven hombre, tenía una hija pequeña, de seis años, el hombre tenía aspecto nervioso pero a la vez se veía muy platicador, parecía ser un buen padre soltero, pues no había una joven madre que lo acompañase.

En el piso de arriba sobre el buen padre vivía este sujeto de edad madura, quien se sentaba todos los días con su notable hastío a ver a los pájaros cantar y a las personas pasar como si fueran la misma cosa, como si tuvieran el mismo valor, mientras las moscas sobrevolaban su cara, su defecto: su improductividad, tomada de la mano con su tranquila senilidad, solo se sentaba a respirar el aire y a no pensar en nada. Cosa que explica luego su forma de ser es que no estaba del todo bien de la cabeza, por decir que era algo incapaz, como pude comprobar después.

Otro piso arriba, el triste hombre, que le calculaba unos treinta años de edad, de negra barba y pálida tez, siempre parecía deprimido, caminaba con cierta introspección, pero talvez poseía un poco de petulancia reservada, en el fondo quizás solo se auto compadecía de sí mismo como pude comprobar después. Y saco estos hechos, solo con suposiciones que pude apreciar, ya que nunca me tomé la molestia de conocerlos muy a

fondo.

Una tarde más lúgubre, seca y solitaria que de costumbre, sentado viendo por la ventana con mi máquina de escribir tan improductiva como el sujeto del 2 piso, mientras una jaqueca comenzaba a aparecer, sentí calor así que abrí la ventana, no lograba concretar algo, al menos coherente en el blanco papel, y mi mente había adquirido aspectos de mi entorno como ondas latentes en el aire, la tarde había erosionado mi cabeza y un sopor se venía sobre mí, casi me había quedado dormido cuando:

En fin, mirando hacia el frente en la parte trasera del edificio que es lo que se observa desde el mío, el hombre del tercer piso se había puesto una larga soga en el cuello, dispuesto acabar con su mortal existencia, el barbudo hombre había hecho preparativos casi ceremoniales para su muerte, un saco azul claro, zapatos brillantes y se había peinado, no quería suicidarse en el interior de su morada, quería hacerlo a la vista de Dios, pues aparentemente nadie estaba mirando, si no que luego lo encontrarían, calculando mal la distancia de la cuerda pues hubiera preferido que su cuello se rompiera, o esto me pareció intuir, pero quizás luego pensó mientras la soga oprimía su cuello que no importaría si al final cumplía con su objetivo.

Sacado de su tranquilidad de brazos cruzados, para luego convertir su sosiego en pánico balbuceante, logró atinar el gordo anciano que vio el cuerpo descender súbitamente por afuera de la baranda de su balcón al triste hombre, logró prorrumpir un grito de "Auxilio", cuando salió el hombre de la pequeña niña. Viéndose desesperados los dos, en el lugar solitario, dueños de la situación, tuvo la idea el buen padre en cortar la cuerda.

El casi cadáver estaba en un sitio inaccesible para ambos en una peligrosa altura que talvez terminaría cumpliendo los deseos del suicida.

-Corta la cuerda.- gritó, el gordo y lerdo anciano se demoró talvez demasiado, quien concluyo que no tenía ni un solo cuchillo, objeto cortante, ni siquiera tijeras en su casa.

El padre buscando rápidamente un cuchillo, pensaba que no quedaba mucho tiempo y que había sido un milagro que su cuello no se hubiera roto. ¡Córtala ya!- Gritó el padre, lanzando el cuchillo hacia el lerdo quien lo atajó, y el amoratado casi cadáver podía ver como sus planes eran frustrados.

Dándose cuenta de la altura, el lerdo no quiso cortar la soga, si no con un ímpetu de adrenalina que superó a su senectud lanzó a un lado el cuchillo y decidió halar el cuerpo hacia arriba y con un último esfuerzo pensó haber salvado su vida, pero la soga aun amarrada al cuello no permitía

respirar al hombre.

-Descuida te salvaré, hay muchas cosas porqué vivir...- Y el idiota cortando la sogá de su cuello en un movimiento brusco y desesperado cortó su yugular, que comenzaba a chorrear sin cesar contenida sangre.

Atragantándose con su propia sangre el pálido hombre con ojos danzantes, que quizá en serio pensó en darse otra oportunidad, atino a decir, mirándolo por fin a los ojos.

-¡Idiota!...

Burbujas sanguinolentas aparecían en su cuello. Asustado por su impensada acción miró bajo el balcón con gesto horrorizado.

-¿Qué pasó?- Dijo el padre

-Lo maté.

-¿Qué hiciste qué?

-Que lo maté.- Viendo su mano llena de sangre al igual que el cuchillo que pensó tenía la culpa de todo, dijo:

-No lo quise hacer, toma tu chuchillo, no era mi intención.- lanzándoselo al padre, desde el segundo piso y rompiendo a llorar, cuando se dio cuenta y terminando con sus sollozos que al padre habiéndole atravesado un ojo el cuchillo había caído sobre sus rodillas y luego en su cara, terminando de enterrarse el cuchillo más profundo.

El lerdo, pelón y gordo mordisqueando sus uñas y llorando como un niño, no sabía qué hacer, su desgracia era absoluta, sin pensarlo dos veces idea de su seco cerebro, tuvo la misma idea que la del degollado que se desangraba a sus pies, se puso la cuerda al cuello, montó uno de sus muslos de cerdo en el barandal para dejar caerse del 2do piso, la cuerda se rompió por el peso y justo había salido la hija, talvez pensando con su infantilismo que se trataba de un juego ver a su a su padre muerto en el suelo, que de cuya cabeza había salido a borbotones de su ojo, un charco de sangre.

-Papi...

Y en el trayecto de su caída no pudo ver a la niña, a quien aplastó como un elefante a una ardilla, matándose todos de esta forma tan trágica e inimaginada.

Ahora talvez piensen que pude haber hecho algo al respecto, alguna

ayuda racional, pero si no, no hubieras leído este cuento.

Fin